

Democracia y enseñanza

No nos debería dejar indiferente a ningún docente el paisaje desolador que conforman los desmotivados adolescentes en las aulas. Los profesionales de la educación, sobre todo los más veteranos, nos sentimos abatidos, ineficaces a la hora de cumplir con nuestro cometido, ante la presión de una sociedad que, engañada por el anhelo de bienestar, ha trastocado sus valores sembrando una acusada insatisfacción.

MARÍA PILAR CIPRÉS, PROFESORA DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

Jueves, 27 de enero de 2011



Llama la atención que eruditos en temas educativos, formadores del profesorado necesitado de introducir nuevas metodologías en su quehacer cotidiano, no hayan incorporado a su discurso la comprensión profunda que se precisa, fruto de una reflexión y fuente de sabiduría. Evidentemente, la revolución tecnológica demanda renovación , pero, al igual que ha sucedido en el transcurso de la historia, las transformaciones que provoca el progreso afectan al escenario donde se producen los acontecimientos y escasamente a la humanidad que habita en sus protagonistas. Los buenos aficionados a la literatura saben que, esencialmente, una novela escrita en el siglo XVI no difiere de otra redactada y ambientada en la época actual. Todos los personajes que han dado vida a los miles de relatos elaborados a lo largo de los tiempos han escondido, tras el disfraz correspondiente a la cultura del momento, los mismos miedos, así como sus mismas penas y alegrías.

Enormemente instructiva se muestra una parábola de Chuang Tzu, en la que un hombre, disgustado por su sombra y sus pisadas, decidió librarse de ellas huyendo. Corría y corría sin cesar, pero siempre oía el ruido de sus pasos y la sombra le

alcanzaba sin dificultad. Aceleró el ritmo pensando que su velocidad no era suficiente y, finalmente, agotado por la lucha, cayó muerto. No comprendió que permaneciendo quieto en un lugar sombreado, el fantasma que le perseguía se habría esfumado. Para preparar el futuro, de nada sirve rechazar el pasado por amargo que haya resultado, porque aparecerá de nuevo con su cara más siniestra.

Sorprende que los modernos enfoques acerca del aprendizaje se sustenten en una ideología que, prescindiendo de la madurez que todo ser humano logra en cada etapa de su existencia, pueden demoler aquello que tratan de construir. Un competente profesor del mañana, afirman los expertos, acompañará a sus alumnos en la motivadora tarea de generar un conocimiento integrado y globalizado, hará partícipes a los adolescentes de las decisiones acerca de los contenidos y criterios de evaluación, considerará irrelevante el uso de la memoria , y compartirá la autoridad con sus discípulos. Debemos actuar con precaución para no dejarnos atrapar por esta novedosa doctrina que promulga indiscriminadamente la igualdad democrática, porque detrás de su dulce apariencia de cordero inocente, como un lobo feroz amenaza con devorar una de nuestras mayores conquistas, la democracia con sus principios.

El reciente incremento del poder adquisitivo y la ceguera que proporcionan los excesivos bienes de consumo han creado una sociedad cuyos miembros, incapaces de apreciar sus pertenencias, han sobredimensionado sus exigencias eludiendo cualquier incomodidad y obligación. La negación del esfuerzo, la intolerancia a la frustración y el desprecio a la autoridad han originando una carencia en nuestro entorno social, que ya la está subsanando acoplando a su engranaje población inmigrante con pocos derechos interiorizados y gran sentido del deber. Nuestro alumnado constituye la primera generación que no va a superar a la anterior, a pesar del vertiginoso avance tecnológico. Estos chicos sobreprotegidos, inmaduros e invadidos por la desidia tendrán que competir con individuos procedentes de países emergentes, más trabajadores y con mejor preparación. Una actitud autocomplaciente nos ha hecho olvidar que mantener un sistema democrático, no exento de fragilidad, a salvo de los enemigos que lo acechan, requiere trabajo y una generosa dosis de sensatez.

La alarma ya ha comenzado a sonar. No nos quedemos sordos si queremos impedir que en un futuro próximo añoremos la libertad de expresión, reflejo de una democracia y sin la cual no podría publicarse este artículo.